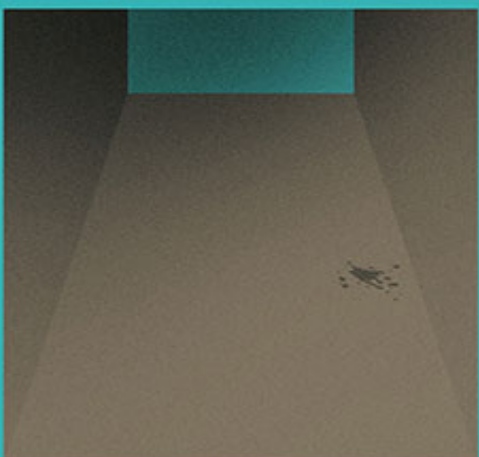


SANTIAGO LÓPEZ PETIT
Tan cerca de la vida



Tan cerca de la vida
Colección Rayos globulares
(39)

R

SANTIAGO LÓPEZ PETIT

**Tan cerca
de la vida**

Rayo verde
editorial

Primera edición, 1200 ejemplares: enero 2021

Título original: *Tan cerca de la vida*



Licencia CC 4.0 by nc sa

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons

Se permite compartir la obra en parte o totalmente bajo las siguientes condiciones:

Reconocimiento - No comercial - Distribuir igual

C/o Rayo Verde Editorial, S.L.

www.rayoverdeeditorial.com

© de esta edición, Rayo Verde Editorial, 2021

Diseño de la cubierta: Tono Cristòfol

Ilustración de la cubierta: © DAQ

Maquetación: Noemí Giner

Correctores: Gisela Baños, Antonio Gil y Sandra Balagué

Producción editorial: Xantal Aubareda

Composición ePub: Pablo Barrio

Publicado por Rayo Verde Editorial, S.L.

Gran Via de les Corts Catalanes 514, 1^o 7^a

08015 Barcelona · rayoverde@rayoverde.es

www.rayoverdeeditorial.com

 [RayoVerdeEditorial](#)

  [@Rayo_Verde](#)

ISBN ePub: 978-84-17925-47-5

THEMA: FA, FL, FDB

Una vez leído el libro, si no lo quieres conservar, lo puedes dejar al acceso de otros, pasárselo a un compañero de trabajo o a un amigo al que le pueda interesar.

La editorial expresa el derecho del lector a la reproducción total o parcial de esta obra para su uso personal.

Índice

Preámbulo

La Escuela de la Vida

El contrato

«¡Llega a ser el que eres!»

Un encuentro inesperado

Infiltrado

Presentimientos

Fábrica de líderes

El cuento de la vida

La Banda

Evaluación

«Cálmate, pequeño filósofo»

Una mente destruida

La noche

Un sueño

Turismo

Dos sombras

La niña sin ojos

La vida y la verdad

El estallido

Estado de excepción

La huida

Soledades

Una grieta

*En silencio me acosté entre los viejos juncos
y sobre mí se posó el cielo azul,
plagado de estrellas;
y cuando me estaba diluyendo en su contemplación,
murieron conmigo el miedo y el dolor más
profundos
y la sombra azul del muchacho se alzó
en medio de la oscuridad.*

GEORG TRAKL

Preámbulo

Bienvenidos a la Escuela de la Vida. Después de un largo viaje en el que habéis dejado atrás dudas y sombras, en el que os habéis despojado de inseguridades y miedos, la vida os recibe con los brazos abiertos. Nuevos días se avecinan para vosotros, pero hoy, el día de hoy, lo recordaréis siempre. Siempre, porque no se olvida haber salido del pozo del olvido. Entrad en este espacio de libertad donde el único reglamento es que no hay reglamento y sois vosotros mismos quienes decidís ser lo que queréis ser. Salid a la luz. Sí, no hay nada más hermoso que sentir el calor del sol sobre el propio cuerpo. No volváis la mirada, ahuyentad la tentación de una vuelta atrás. No hay vuelta atrás cuando has comprendido —y eso vosotros lo habéis comprendido en toda su profundidad— que tú mismo puedes cambiar tu vida. Por eso, habéis sido admitidos en el curso. Confiamos en cada uno de vosotros como vosotros confiáis en la vida. No os hemos escogido. En realidad sois vosotros mismos quienes habéis escogido acudir y participar.

Las puertas permanecerán abiertas en todo momento, ya que ¿quién desearía regresar a un mundo de mediocres? Estamos comprometidos con ser extraordinarios. La vida

está llena de oportunidades que hay que saber aprovechar y hacerlo depende únicamente de cada uno. Pero no olvidéis algo muy importante: vosotros ya sois unos ganadores. Evitad entrar en una rueda de autojustificaciones. Tampoco busquéis culpables. No carguéis con el peso muerto de creeros víctimas. Existe una enseñanza fundamental que siempre tenéis que recordar: para vosotros, los dualismos ya no existen. Habéis ido más allá de la línea. Ganar o perder no sirve para cartografiar el mapa de la vida. ¿Por qué un ganador debería quedar encerrado en esta cárcel? Ganar o ganar. Ganar o, en todo caso, negociar para preparar la victoria. Negociar es una guerra. La guerra y la paz son dos caras de lo mismo. Y, sin embargo, aquí no solo aprenderéis palabras ganadoras, sino también a compartir, a pronunciar la palabra «nosotros». Cada uno debe reconocer sus propias debilidades y averiguar cómo puede suplirlas con la ayuda de los demás compañeros. El hecho es que, a ojos de los inversores, una empresa con un solo líder puede indicar que nadie ha querido sumarse al proyecto o que el fundador se resiste a compartir las tareas necesarias para su funcionamiento. Crear una empresa constituye una experiencia espiritual. Una empresa instaaura también una relación afectiva. El dinero no importa porque es sinónimo de muerte. Crear una empresa significa producir sentido, y el emprendedor, en tanto que discípulo de la vida, debe ser un líder para la sociedad. Al que es capaz de producir sentido lo sostiene el futuro.

Habéis llegado hasta aquí después de una dura selección. Poco a poco os conoceréis entre vosotros y trabaréis amistad. Sois un equipo. Ahora os toca a vosotros estar a la altura. A partir de hoy mismo ningún día se repetirá. Tampoco habrá descanso. Si os entregáis en cuerpo y alma, seréis felices. Estaréis cumpliendo vuestro deseo. El éxito estará más cerca. El único pecado que aquí no se consiente es querer pasar desapercibido, fijarse en lo que hacen los demás para, sencillamente, imitarles. A vosotros, nuestros héroes, no os está permitido agazaparos. Tenéis que alzaros contra la estandarización galopante. Se está perdiendo la propia pérdida, y en los páramos reseco ya no crece ningún vegetal. Hasta las huellas de las palabras desaparecen poco a poco a causa de ese viento que sopla sin piedad. Lo inexplicable recorre silenciosamente el mundo. En el altar sagrado de la vida se sacrifican aquellos que no osan avanzar y se hunden. Nos han declarado la guerra. El viento viene cargado con noticias terribles y susurra que se acerca el final.

¡Bienvenidos al curso! La tarea que os queremos encomendar no es nada sencilla. Algunos de vosotros ni llegaréis a saber de qué se trata, ya que no sobreviviréis. Otros, aquellos que estéis dispuestos a no rendiros, seguramente maldeciréis haber venido. ¡Os necesitamos! La vida es un jardín: ¡floreced!

La Escuela de la Vida

Antes de desaparecer, el holograma de la mujer ha añadido algo más. Siento no recordarlo. Seguramente, el discurso anterior tampoco es muy exacto. Si he sido capaz de reproducirlo es porque me ha dejado bastante perplejo. Yo sabía a lo que venía y ahora no entiendo nada. El holograma de la mujer ha asegurado que alguien nos ha declarado una guerra. ¿Quién podría atreverse? Esta amenaza me parece totalmente absurda. Y, además, ¿qué tiene que ver con el curso al que me he apuntado? Es probable que hayan querido rodear de misterio nuestra llegada para acrecentar nuestra curiosidad e interés. Lo que no entiendo, entonces, es por qué este aviso de peligro. Yo sabía a lo que venía. Quería hacerme famoso y este curso prometía un camino rápido para conseguirlo. Además, también me daba la posibilidad de conocer a gente. Observar es una de mis actividades preferidas. Cuando viajo en metro me entretengo mirando los rostros de los pasajeros e intento imaginar cuál será su trabajo. A veces, sin embargo, las manos son más indicativas.

Pues bien, el holograma antes de volatilizarse nos ha pedido que nos pusiéramos en círculo —en realidad ya

formábamos un círculo, pues automáticamente nos habíamos situado a su alrededor— y también que nos diéramos las manos. Confieso que he sentido un cierto reparo. ¡Así, de pronto, dar la mano a un desconocido! Más exactamente a dos. Y mientras nos encontrábamos en esta tesitura, la vida, es decir, el holograma hablante, nos ha rogado finalmente que cada uno de nosotros escogiera un seudónimo con el que de verdad se sintiera identificado. El seudónimo no tenía que reflejar tanto nuestra personalidad como nuestra imagen. De un modo más preciso: la imagen que deseábamos mostrar a los demás. La Escuela de la Vida, y eso era una novedad para mí, lejos de asignarnos un número, nos permitía darnos un nombre y convertirnos así ya, directamente, en una marca propia en el mercado libre del ciberespacio.

Mientras estaba pensando qué seudónimo sería el más apropiado para mis aspiraciones, no sé muy bien cómo, me he encontrado con un hyperphone entre las manos. Supongo que me lo ha alcanzado alguno de mis compañeros. Cuando lo he puesto en funcionamiento, ha aparecido una frase escrita en mayúsculas: EL HYPERPHONE ES TU CORDÓN UMBILICAL CON LA VIDA. He sentido una cálida protección y que, por fin, algo importante podía sucederme. Bajo esta frase destacada seguían tres instrucciones muy concretas. La primera era que debíamos mandar una foto nuestra una vez por semana. La segunda, que al final del día grabáramos un mensaje de voz, el que quisiéramos. Y la última, colocar siempre el hyperphone bajo la almohada al

acostarnos. De cumplir correctamente las indicaciones, se nos aseguraba, el programa de gestión del estado de ánimo sabría guiarnos y corregir los trastornos de aprendizaje que pudieran surgir. Asimismo, y como resultado de la evaluación permanente de los objetivos que cada uno se fijara, recibiríamos puntos virtuales. Estos puntos virtuales serían muy útiles para poder planificar con rigor la eclosión de nuestras capacidades y competencias. Lo digo con toda sinceridad, creo que el hyperphone puede ser la mano que buscaba desesperadamente en la oscuridad.

Se confirmaría de este modo que ha sido un acierto venir a esta escuela y una suerte que me aceptaran. No, no voy a contar ahora mi vida, puesto que ya es un poco tarde y hemos empezado a organizar la sala en la que dormiremos. Además, es una vida como tantas otras. Tiene un momento álgido y luego un largo descenso, pero no al infierno, sino al desierto de la espera. Un momento álgido es una intensidad coagulada. Si tu sangre es normal y sufres un corte, diminutas células, conocidas como «trombocitos» o «plaquetas», llegan al rescate. Estas células en forma de disco, las más pequeñas del torrente sanguíneo, se aglutinan en segundos para sellar la herida. Cada gota de sangre suele contener unos ciento quince millones de plaquetas, de modo que la ayuda siempre está a mano y presta, si la herida no es grave; todo vuelve a la normalidad casi sin percatarnos de ello. La coagulación de la sangre nos salva, ciertamente, pero ¿dónde queda la herida? La herida por la que un puñado de dolor bregaba por aflorar.

Ni la señal de la herida queda suprimida ni el dolor desaparece. Pero la sangre ya no se ve. Las renunciadas de que está hecha la vida son pruebas del proceso civilizador. La normalidad ha triunfado. Por eso, estoy contento de que me hayan admitido en esta escuela. El uniforme de diario es la esperanza, la esperanza en que cada uno de nosotros puede ser el protagonista de su propio cambio.

Cuando decidí presentarme como candidato, deseaba interrumpir esa monótona espera que me tenía secuestrado. Era una espera sin esperanza. Quería pronunciar una palabra y la palabra no salía de mi boca. Yo creo que masticaba las palabras y que por esa razón no podían salir. A veces podía lanzar un grito. Y luego el silencio. Un silencio tan vacío que hasta se tragaba el aire. En cambio, aquí todo es diferente. Tengo mi propia marca y, por fin, puedo ser yo mismo. No ese perdedor. Ese iluso. Ese... escrupuloso acérrimo que solo podía tocar el mundo con las puntas de sus dedos por miedo a mancharse. Además, y quisiera resaltarlo, finalmente podré desembarazarme de esa mirada melancólica que me tenía ya cansado.

Lo sé muy bien. He dicho antes que me gusta observar. Observar es, seguramente, la actividad más digna que nos queda cuando el momento álgido se ha escurrido entre los dedos de las manos, pero ¿la mirada del que observa el mundo no es necesariamente melancólica? ¿Por el hecho de ser meramente un observador, porque el mundo es como es, o porque existe la noche y la noche no existiría si no

tuviéramos ojos? Una pregunta me lleva a la otra. La mecánica cuántica hace mucho nos enseñó que el observador modifica el objeto de estudio, que la medida de una propiedad altera al sistema mecánico-cuántico impidiendo la medida precisa de otra propiedad. Siempre he creído que si la ciencia comprendiera de verdad esta imposibilidad, tendría que ser más melancólica. En cambio, no es así. La ciencia es inconscientemente optimista. Empleando las funciones de onda que representan meras probabilidades, se las arregla para desentrañar con éxito el mundo de las partículas subatómicas. Evidentemente, la condición es no hacerse preguntas inadecuadas; por ejemplo, por qué funcionan tan bien las ecuaciones para explicar este extraño mundo invisible que, sin embargo, nosotros solo podemos describir mediante paradojas. El éxito de la ciencia reside, seguramente, en su capacidad de autolimitación. Mediante un implacable juego de limitaciones logra funcionar a la perfección y, a la vez, alejar de sí esta insidiosa melancolía del observador. Aquí, por el contrario, nos animan continuamente a superar cualquier límite que se ponga delante de nosotros. El discurso de bienvenida era claro a este respecto. Por eso, una de las consignas preferidas, y que aparece en las numerosas pantallas de televisión, asegura: «Tú puedes ser lo que desees. Solo existe un obstáculo: tu obstinación en pensar lo contrario». Nos dan confianza y creen en nosotros.

Me siento acurrucado en el vientre de la vida. No se puede pedir más. Aquí te devuelven la curiosidad y las ganas de aprender. Pero, sobre todo, una esperanza que — al no estar aquejada de ceguera porque la esperanza más segura es aquella que reside en uno mismo— puede colmar el vacío de la melancolía. Yo no fallaré. Yo no *me* fallaré. Quizás es una escuela un poco extraña, pero gracias a ella conseguiré hacerme famoso. En el fondo, voy a hablar sin ambages, quiero ser famoso para que me dejen tranquilo. Tener éxito en esta sociedad es el único modo de poder controlar tu vida. Porque, si no, ¿adónde huir? Ciertamente, el éxito acarrea alabanzas hipócritas, frialdad y mucho autoengaño. Es esencial, por tanto, un trabajo largo y constante que destierre la lisonja y expulse toda idea de merecimiento. Pero, entonces, si realmente no merezco el éxito, ¿significa que soy un fraude? Esta idea nunca me abandona. Sí, soy un fraude y todos los que hemos sido admitidos en este curso somos un fraude. Solo la vida, que no engaña jamás, esta vida que nos acoge con los brazos abiertos, podrá liberarnos de esta condena.

No ha sido fácil escoger el seudónimo. Nuestro grupo consta de cincuenta personas desconocidas entre ellas, si bien sus motivaciones tienen que ser bastante parecidas puesto que han superado el mismo proceso de selección. Decidir libremente el seudónimo que será nuestra marca, el nombre con el que nos identificaremos y que también tendrá que representarnos, ha supuesto empezar a establecer ciertas reglas de funcionamiento. Por votación

hemos descartado los colores. Los colores son muy útiles para describir estados de ánimo, incluso pueden asociarse a ciertos sentimientos; sin embargo, no nos han convencido a causa de su simpleza. De hecho, todo el mundo ha rechazado que su personalidad pueda reducirse a un único color. Su personalidad y, sobre todo, su voluntad de ser. Por otra parte, las mezclas de colores, aunque añaden complejidad y en este sentido hemos creído que responden mejor a nuestras ansias, son imposibles de nombrar. Entonces, hemos pensado en las formas geométricas. Los colores son impresiones puras, dolorosas o alegres, pero las formas geométricas, que aparentemente son más abstractas, no le van a la zaga, ya que a esta doble determinación suma extrañas peculiaridades. La modestia del «punto» raya con una humildad hipócrita. El «círculo», a causa de su incapacidad de abrirse a los demás, es profundamente egocéntrico. El «triángulo», no descubro nada nuevo si digo que, debido a su carácter agresivo, permanece sumido en un aislamiento absoluto. El «cuadrado» sí es realmente desafiante, pero le puede un dogmatismo salido de sus propias entrañas y que, en el fondo, lo hace sumamente débil. Se hace tarde y nos han ordenado acostarnos antes de la medianoche. El viaje ha sido largo y penoso. Estamos cansados.

Por eso, hemos sentido alivio cuando alguien ha tenido la idea de recurrir a las letras del abecedario. La propuesta es estupenda, puesto que cada letra lleva un mundo con ella. Un mundo secreto y paradójico que bien podía expresar

rasgos de ese deseo nuestro de individualización. Se ha producido una fuerte disputa y ha vencido el que con toda seguridad tenía que vencer. Para él ha sido la letra A. La A comporta afirmación, astucia, ambición... características que ciertamente parecen convenir a quien con más violencia ha discutido y que, con razón, reclama como propias. Yo he callado y he recordado para mis adentros que la angustia también empieza con la letra A. Nunca hubiera pensado que las letras permitirían tanto una singularización abierta y creativa como la activación de una combinación inexplorada. Pero ¿y las letras que nadie quiere? Me he tendido ya en la cama. Yo he escogido la letra I. Me gusta por su simplicidad y, sobre todo, porque se mantiene en pie. Nunca se arrodilla.

Afortunadamente, me ha correspondido la cama inferior de la litera. Es noche cerrada y no sé qué hay fuera. No veo nada. En verdad no sé qué hago aquí. Aún estoy sobrecogido por todo lo que he oído y visto. ¿Quiénes son mis compañeros? Tengo sueño y me encuentro cansado. Mañana investigaré cuál es esa tarea tan peligrosa que quieren asignarnos. ¿Qué se espera de nosotros? ¿Qué se espera de mí? Esta pregunta pesa sobre mi cuerpo como una garra. Quizás estoy demasiado cerca de la vida.

El contrato

Me despierto a causa de un murmullo creciente parecido al fragor de una multitud que se acerca. Siempre me pasa lo mismo; justo antes de morirme, no sé cómo me las arreglo, pero acabo despertándome. Temo abrir los ojos y encontrarme directamente, ahora ya sí, con la visión de los que serán mis compañeros de curso. Siento curiosidad por conocerlos y, a la vez, una inmensa pereza. ¡Ojalá se pudiera observar sin implicarse demasiado! Ahora tendré que dejarles entrar en mi vida, que husmeen mis entrañas, incluso alguno seguramente pretenderá juzgarme. Yo, por mi parte, tendré también que iniciar un camino de aproximación hacia ellos. ¿Para descubrir qué? No somos tan distintos como nos creemos. Si el código genético humano se diferencia únicamente un cinco por ciento respecto al código de los demás mamíferos, no sé muy bien qué originalidad cabe esperar. Además, la selección efectuada por la escuela todavía nos ha uniformizado más.

Y, sin embargo, el resplandor desplomado del techo ilumina a mis compañeros (sinceramente, no sé por qué digo «mis compañeros» si no los conozco de nada) y sus semblantes parecen brillar cada uno con una luz diferente.

Mientras intento explicarme cómo es posible que cada rostro se active en función de su propia longitud de onda, me ha asaltado la duda de si realmente sabré cuándo mis compañeros serán de verdad «mis» compañeros. No me planteo la pregunta en términos jurídicos, o sea, de derecho, sino simplemente constato un problema. Como me gustan las paradojas —hay que ir con cuidado de no confundir una paradoja con una contradicción— he decidido resolverlo de esta manera: «Los compañeros serán mis compañeros cuando dejen de serlo». No sé si la respuesta es adecuada, pero creo que constituye un buen punto de partida.

Tengo que interrumpir mis elucubraciones, ya que por el altavoz una voz estentórea ha ordenado que nos pongamos en círculo con las manos unidas para escuchar la consigna del día. Así, al formar una cadena de cuerpos, la energía podrá circular entre nosotros y la consigna penetrará mucho mejor en nuestro interior. La del primer día es: «¡Llega a ser el que eres!». En los carteles luminosos que cuelgan de las paredes aparece la misma frase. Centellea como una estrella.

—La estrella que deberá guiarnos —me susurra un compañero que está junto a mí.

Asiento con la mirada. Pero justo cuando empezábamos a intercambiar unas palabras, nos llega un nuevo aviso. De uno en uno tenemos que entrar en la sala que se halla al final del pasillo para firmar el contrato de vinculación. Este contrato, como su mismo nombre indica, nos convierte en